médico de Coós, le invitó á que fuese á salvar á sus ejércitos de tan desoladora plaga, ofreciéndole al efecto inmensas riquezas y honores, á cuya invitacion contestó en los siguientes términos: « Tengo en mi patria el vestido y alimento; por consiguiente, nada necesito. Siendo griego no puedo aspirar con dignidad á las riquezas y honores de los bárbaros, y de ningun modo serviré á los enemigos de mi patria y de la causa pública.» Viendo el rey de los persas humillado su orgullo y su poder, dirigió á los isleños de Coós un mensaje en que les decia: « Entregad en el momento á mis embajadores á ese médico perverso, Hipócrates, que tan petulante se ha mostrado conmigo y con los persas: de lo contrario, experimentareis todo el rigor de mi venganza, porque destruiré vuestra isla, convirtiéndola en un piélago, para que ni aun el tiempo pueda recordar donde existió la isla de Coós.» Los isleños correspondieron al patriotismo de Hipócrates, pues contestaron á la demanda de Artajerjes en los términos siguientes: « Los de Coós jamás harán una bajeza: no entregarán á Hipócrates, aunque supiesen que debian morir de la muerte mas cruel: alejaos de Coós y renunciad á vuestras pretensiones mientras quede un isleño para defender á Hipócrates.»

El otro rasgo es el que se refiere á la curacion de Perdicas, hijo de Alejandro rey de Macedonia, y que citamos ya en la terapéutica dietética, y grupo *Perceptología.*

Muy léjos nos hallamos de negar la gran sagacidad y tino práctico que en este caso desplegó Hipócrates, atendida la época en que vivió; pero no podemos menos de añadir que en el actual estado de civilizacion en que tan fuertes y comunes son los choques de las pasiones, y sobre todo los desastres que en diferentes sentidos produce el amor, aun el mas puro y legítimo, no podemos dejar de añadir, repetimos, que en el dia un médico cualquiera y sin poseer grandes conocimientos, abrigaria la misma sospecha que asaltó á Hipócrates, y trataria, por lo tanto, de poner en juego todos los medios capaces de convertir la sospecha en realidad.

Estamos íntimamente persuadidos de que se creerá extemporánea la cita de estos dos casos, especialmente del primero, porque nada conducen al objeto de que nos ocupamos, aunque el segundo es uno de los testimonios mas auténticos del espíritu eminentemente observador

de Hipócrates; pero abrigamos al mismo tiempo la conviccion de que se considerará cómo una especie de desahogo del entusiasmo que sentimos por el venerable Hipócrates, entusiasmo que debe experimentar todo pecho en que lata el corazon de un médico amante de la ciencia y de la humanidad.

Hemos dicho hace poco que Hipócrates no simboliza el orígen de la medicina, aunque se le considere por muchos cómo su creador y fundador, lo que nos prueba que él supo aprovecharse de los conocimientos de sus predecesores, y por esto dice en su libro titulado: *De veteri Medicina:* «La medicina ya existe desde muy antiguo: ella no solo ha descubierto principios fijos, sinó tambien un camino seguro, por el cual se ha llegado despues de muchos siglos á una infinidad de verdades preciosas. Aquel que con talento dirija estas observaciones, partiendo de estas verdades comunes, las aumentará; mas, por el contrario, el que siga otro camino y presuma haber encontrado estos dogmas fundamentales, se engaña á sí mismo y engaña á los demás.»

Solo un genio privilegiado podia establecer entre la medicina y la filosofía los lazos y relaciones con que Hipócrates las unió. Encuéntranse en sus obras frases sobre el particular, que si bien parecen á primera vista expresar ideas que se rechazan mutuamente, estudiadas con reflexion nos demuestran la perfecta armonía de las mismas. Dice, en efecto, en unas partes, *que el médico filósofo es igual á Dios*, y en otras, *que un médico filósofo despues de engañar á muchos, concluye por engañarse á sí mismo.* Esto significa que poseido este grande hombre de un espíritu verdaderamente filosófico, supo, digámoslo así, mantener la medicina á cierta distancia de la filosofía para sacar de ésta el mejor partido posible en favor de aquella, evitando al mismo tiempo, los escollos en que podia caer. En efecto, á la par que creó para la medicina métodos seguros de filosofía, cuales fueron la observacion y la experiencia razonadas, á lo que llamaba él *hacer filosófica la medicina*, la libertó á su vez, del yugo de los falsos sistemas filosóficos, que tan abiertamente se han opuesto en todas épocas á los progresos del arte de curar. Las obras que mas se distinguen por este carácter filosófico son, *los libros de las epidemias*, el *de los aforismos*, y *el de aires, aguas y lugares.* Los primeros representan unos cuadros tan grandiosos cómo exactos y naturales de las enfermedades

graves, donde se enseña á describir con precision los males, omitiendo lo supérfluo, sin olvidar nada de lo necesario.

Los aforismos son considerados cómo la obra maestra del *divino viejo*, diciendo Chinchilla en sus *Anales históricos de la medicina en general*, con referencia á ellos las palabras siguientes: «Estas sentencias son el monumento mas grandioso de la gloria de Hipócrates: si no hubiera escrito, ni hecho mas por la medicina que el consignar sus observaciones prácticas en este libro, Hipócrates seria aun así, el médico mas grande del mundo. Las verdades que en ellos nos dictó, no han sido bastantes veinte y tres siglos para destruirlas: el que mas ha hecho, no ha pasado de haberlas comprobado; miles de obras pomposas y voluminosas no han dicho tanto cómo cuatro líneas de aforismos.»

Este párrafo necesita, á nuestro modo de ver, un ligero correctivo, supuesto que si bien los aforismos en su inmensa mayoría expresan otras tantas verdades, cuantos son ellos en número, forzoso es no obstante confesar, que hay algunos que no poseen esta circunstancia. Suponemos que el historiador así lo cree tambien, pero que no ha creido necesario consignar esta ligera excepcion. Por lo demás, conceptuamos prudente aconsejar á los alumnos y á los profesores de medicina, respecto de los aforismos, lo que antiguamente se aconsejaba respecto de las obras griegas, cuando se decia:

. . . . . *Vos, exemplaria græca*
Nocturnâ versate manu, versate diurnâ.

Estudiad, diremos nosotros, de dia y de noche los aforismos de Hipócrates. Próspero Marciano, aconsejando lo mismo, ha llegado á decir, y lo han repetido otros muchos médicos: *que mas utilidad se saca de la lectura de los aforismos en un dia, que de las obras de otros autores en un año.*

Creemos que de ninguna manera se puede dar una idea mas completa del *Libro de aires, aguas y lugares*, que trascribiendo las palabras de Mr. Coray, al ocuparse del mismo. «En esta célebre obra, dice, escrita veinte y dos siglos há en un rincon de la Grecia, por un médico desprovisto de las ciencias auxiliares de nuestra época, y guiado únicamente por las luces de la naturaleza, trató de resolver el pro-

blema mas grande que pudo inventar el espíritu médico, á saber: *porqué los hombres, aunque dotados de una misma estructura, diferian tanto entre sí por variaciones graduadas y sucesivas.* Para resolver una cuestion de tanta importancia era preciso que Hipócrates á su genio filosófico y pensador reuniese unos vastos conocimientos físicos, morales, médicos y políticos: era preciso que á éstos agregara tambien la paciencia de hacer observaciones multiplicadas y dirigidas con una sagacidad extraordinaria, para llegar á penetrar y distinguir lo que es obra de la naturaleza, y lo que es efecto de causas morales: todo esto hizo y desempeñó Hipócrates.»

De lo que hemos dicho hasta aquí, se deduce claramente cuál fué su filosofía, la que se fundó en discurrir *à posteriori*, y no *à priori*, por estar íntimamente convencido, segun repetia á menudo *que primero deben obrar los sentidos, y el raciocinio despues, porque éste no es mas que un recuerdo de los hechos, que la observacion habia de dar á conocer.* En efecto, no hay la menor duda que la lógica del médico no es ni debe ser la lógica comun: el que sostenga opiniones *à priori*, deducirá indudablemente consecuencias legítimas muchas veces; pero otras se convencerá, no solo de la impotencia, sinó, que es lo peor, de la falacia de dicha clase de argumentos, pues no dejan de ser frecuentes los casos, en que la severa experiencia nos arrebata, á la cabecera de la cama, las risueñas ilusiones que nos habian hecho concebir las ideas teóricas sobre la accion de algunos medios terapéuticos en la curacion de las enfermedades; manifestándonos, empero, en compensacion, la accion favorable y hasta específica de algunos otros para el tratamiento de ciertas enfermedades, para las cuales los hubiéramos creido altamente nocivos, si nos hubiésemos guiado por conocimientos puramente teóricos; díganlo, sinó, las cauterizaciones de las úlceras sifilíticas desde el momento de su aparicion, el tártaro emético á altas dosis en el tratamiento de la pulmonía, el uso del copaiba y de la pimienta cubeba, en altas dosis tambien, para la curacion de la blenorragia, y otros que podríamos citar. Por eso dijo muy bien Chomel, y nosotros repetimos con él, «la experiencia es el tribunal supremo y sin apelacion al que se debe recurrir en materias clínicas;» máxima saludable que hemos tenido ya ocasion de citar en otro lugar de esta obra. Sigamos, pues, siempre el camino

de la *experiencia* y desconfiemos del *raciocinio puro*, si queremos ser útiles á la humanidad, cumpliendo con la alta mision que nos ha encargado la Providencia; y no temamos el dictado de *materialistas* con que creen injuriarnos los que teniendo sus intereses en abierta pugna con los progresos de las ciencias naturales y el esclarecimiento de la verdad, confunden el carácter de los diversos ramos del saber humano, pretendiendo asimilarlos á las materias religiosas, en las cuales tan solo debe acatarse la Revelacion. Si por *materialismo* se entiende en medicina el ver, tocar y palpar los hechos repetidas veces para asegurarnos de su exactitud, y juzgar *à posteriori*, y desconfiar de los argumentos *à priori*, pero sin pretender negarlos en manera alguna; en este sentido nos vanagloriamos de ser *materialistas* en obsequio á la ciencia y á la humanidad.

Hipócrates tenia en grande estima los medios dietéticos, á los cuales apelaba con preferencia á todos los otros, haciendo notar que sus antecesores los tenian muy olvidados: «Los antiguos, decia, apenas han dicho nada sobre la dieta en la curacion de las enfermedades, que es sin duda uno de los recursos mas esenciales de la medicina.» Cuando el régimen dietético no bastaba, acudia á los medios farmacéuticos; y á los quirúrgicos cuando unos y otros eran insuficientes. Se ha dicho por algunos que Hipócrates profesaba la medicina expectante, probablemente por la importancia que daba á la terapéutica dietética: esta opinion es enteramente errónea, pues en semejante caso en lugar de ejercer la medicina de observacion, única que está en pugna con todos los sistemas, hubiera sido sistemático, acusacion que no se le puede dirigir: además, varios pasajes de sus obras nos prueban hasta la evidencia que si oportuno era en la expectacion, no lo era menos en la medicacion activa cuando los casos lo exigian. En efecto, hé aquí lo que decia: «Cuando la naturaleza sea tarda en manifestar los síntomas de la enfermedad, conviene estimularla para que desarrollándose mas, nos haga la enfermedad mas clara: cuando la naturaleza no se mueve, muévela tú:» «la enfermedad que se resiste á los remedios, cede al instrumento; la que á éste, cede al fuego; y la que se resiste al fuego, es incurable:» «es imposible curar una apoplejía fuerte:» «la curacion de la hidropesía se resiste á todo remedio humano, y es preciso que se junten los Dioses en consejo para curarla.» Estas citas nos

prueban con evidencia lo poco feliz que estuvo Asclepíades cuando dijo, que la medicina hipocrática no era mas que la expectacion de la muerte. No hay duda, que si por medicina expectante se entendiese no emplear medio alguno enérgico cuando no es necesario, Hipócrates habria sido expectante, cómo lo es en el dia, bajo este sentido, todo médico prudente.

La definicion que dió de la medicina nos prueba tambien no solo su genio eminentemente observador y la grande importancia que daba á la naturaleza, sinó además que fué ya expectante, ya activo, segun los casos. Dijo en efecto: *Medicina est ars curandi contraria contrariis. Ars curandi quâ viâ curat sua sponte natura.* La medicina es el arte de curar las enfermedades por sus contrarios, y el de imitar los procedimientos curativos de la naturaleza. Confirmaba en varios pasajes esta misma idea de contrariedad, por ejemplo en esa otra definicion que dió: *Medicina nihil aliud est nisi adpositio et ablatio. Ablatio quidem eorum quæ excedunt, adpositio verò eorum quæ deficiunt: qui autem istud optimè facere potest, is optimus medicus censebitur.* Esta idea de contrariedad prueba tambien el carácter de la medicina activa.

Hemos dicho que de la definicion que dió el anciano de Coós de la medicina, se deduce su genio observador y la gran importancia que daba á la naturaleza. En efecto, á no haber tenido la primera de estas cualidades, no se hubiera hecho cargo de la benéfica é indispensable influencia de ésta para la curacion de los males, y conocido este punto, debia en buena lógica, pero lógica *à posteriori*, conceder á la naturaleza el importante papel que le concedió. Nos creemos dispensados de entrar en mas detalles acerca de este particular, ya porque lo hemos hecho al ocuparnos de la fuerza medicatriz, ya porque son ideas que se encuentran grabadas en la conciencia de todos los médicos.

Vamos á ocuparnos de un punto de interés muy culminante en la medicina hipocrática, para desvanecer ciertos errores que acerca de él se profesan por muchos médicos, y para manifestar que las ideas que sobre el mismo consignó el divino viejo, no son exageradas, ni hijas de las teorías, segun suponen dichos médicos, sinó, por el contrario, resultado de la mas escrupulosa y fiel observacion. Aludimos á la doctrina de los dias críticos. Se ha preguntado: ¿las crísis, ó sean los

cambios favorables ó nocivos que sobrevienen durante el curso de las enfermedades, se presentan exclusiva ó especialmente por lo menos, en dias fijos, ó en cualquiera de ellos sin distincion? en una palabra, ¿existen ó nó dias críticos? Se han formado sobre este punto dos bandos opuestos, que no han podido entenderse, ni conciliarse, por las ridículas exageraciones que se han empeñado en sostener, defendiendo unos y negando otros, pero todos de una manera absoluta, la existencia de los dias críticos, siendo, sin embargo, compacta la opinion sobre la de las crísis. Es indudable que Hipócrates fué el fundador de la doctrina de los dias críticos, y parece natural presumir que figurará á la cabeza de los que defienden con calor y de una manera absoluta la existencia de dichos dias. Nada de eso: habiéndose distinguido siempre el Padre de la medicina por el genio de observacion, no pudo militar en las filas de unos ni de otros, porque esta misma observacion le habia demostrado infinitas veces, que si bien en esta cuestion hay hechos y reglas generales, no los hay absolutos. En efecto, él habia observado que los últimos dias de cada septenario eran los mas propicios para los cambios que ocurren en las enfermedades, dando á los mismos el nombre de *dias críticos*, y eran el 7.°, 14.°, 20.°, 27.°, 34.° y 40.°. Fácilmente se notará que estos septenarios no son iguales, porque á serlo, el 20 estaria representado por el 21, y el 40 por el 42, resultando esta diferencia de que el tercer septenario se cuenta desde el mismo dia en que termina el segundo, y el sexto, desde el en que termina el quinto. Colocaba en segunda línea, por lo que toca á la frecuencia de la presentacion de las crísis, los dias que ocupan el centro de los septenarios, cómo el 4.°, 11.° y 17.°, á los cuales llamó *indicadores* por anunciarse en ellos mejor que verificarse las mencionadas crísis. Distinguió los demás dias en *intercalares* y *no decretorios*, presentándose en aquellos las crísis con menos frecuencia que en la de las dos clases que llevamos referidas, no presentándose casi nunca en los últimos. Ahora bien, Hipócrates nunca sentó esta doctrina cómo exclusiva y constante, y tendria una idea muy equivocada de la misma el que creyese otra cosa. Hipócrates era un observador muy sagaz para que hubiese dejado de notar la variedad que ocurre en este punto, pues no se cansaba de repetir, *que las crísis podian anticiparse ó retardarse un dia ó mas, y presentarse en los indicadores, en los interca-*

lares y hasta en los no decretorios en lugar de verificarlo en la terminacion del septenario. Hecha esta exposicion de la doctrina de los dias críticos, que es al pié de la letra, tal cual la expuso su autor, ¿podremos dirigirle el cargo de haber sido exclusivista y haber llevado esta doctrina á la exageracion? La respuesta debe ser completamente negativa, *toda vez que concede que las crísis pueden ocurrir en cualquiera de los dias de un septenario, aunque suceda con poca frecuencia.*

Galeno y sus partidarios fueron los que la desfiguraron, por haber ido mucho mas allá de lo que fué su autor, cual sucede á menudo en las doctrinas en general, pues se empeñaron en sostener que habia ciertos dias que eran *constantemente favorables*, y otros *siempre funestos;* llegando al extremo de decir, que *ninguna enfermedad podia terminar mal el dia 7.° ni bien el 6.°* Compárese ahora la gran reserva con que se expresó Hipócrates, y la suma ligereza en usar palabras de un sentido tan absoluto y categórico, cómo lo hizo Galeno, para conocer que la razon está á favor del primero, en quien vemos personificada la buena observacion, al paso que en el segundo reconocemos, á pesar de su gran mérito, á un hombre exclusivo y sistemático. Nótese que estos dias solo se refieren á las enfermedades internas.

No paran aquí las objeciones de los antagonistas de los dias críticos, pues pretendiendo remontarse á las causas que le dieron orígen, dicen no ser la observacion, y sí solo la prevencion del anciano de Coós en favor del sistema numérico de Pitágoras, reinante en la época en que aquel vivia, la causa que dió orígen á dicha doctrina. Seremos muy lacónicos en refutar esta opinion; pues la reserva y laxitud, digámoslo así, de Hipócrates en la formacion de su doctrina, están completamente reñidas con la pretendida exactitud y las ridículas exigencias de los números de Pitágoras. Finalmente, rechazando el exclusivismo cómo siempre aconsejamos, y deseando transigir hasta donde permite la buena lógica, con los adversarios de la doctrina que nos ocupa, no tendremos inconveniente en conceder con Chomel, que quizás el sistema de Pitágoras indujo á Hipócrates á fijar su atencion en los dias que terminan un septenario, habiendo en su consecuencia notado tal vez, la frecuente coincidencia de las crísis con los referidos dias; pero

de esto á suponer «que dominado Hipócrates por los números de Pitágoras, habia amoldado, por decirlo así, á éstos los dias críticos,» hay una diferencia inmensa y hasta diremos que es confundir las causas con los efectos y vice-versa.

Hipócrates daba una importancia extraordinaria á los medios de exploracion que pudiesen conducirle á formar un buen diagnóstico; tanto fué así, que habia ya ensayado los métodos de percusion y auscultacion para conocer las enfermedades del pecho, deduciéndose, por lo que toca al último extremo, de lo que dice en el tratado de *morbis* al ocuparse de los signos diferenciales entre el hidrotórax simple y los derrames purulentos. *De este modo conocereis*, dice, *que lo que el pecho contiene es agua y no pus; y tambien si aplicando el oido á los costados durante algun tiempo sentis un ruido semejante al que produce el vinagre hirviendo.* Veinte y dos siglos han transcurrido hasta que Laennec vino á fecundar, por decirlo así, la semilla de la auscultacion sembrada por el Padre de la medicina.

Las bases de los estudios de Hipócrates fueron el conocimiento del hombre en sociedad y constituido en los diferentes países; en el de la naturaleza, abarcando las ciencias exactas que creyó útiles para alcanzar la rectitud del juicio con objeto de aplicarlo á la medicina; en la astronomía á la que dió mucha importancia, cual se deja ver en el tratado *de aires, aguas y lugares*; y últimamente, en la observacion filosófica, habiendo hecho estos estudios bajo las mas variadas formas que tuviesen aplicacion al hombre.

Si bien hablaba con frecuencia de los humores, refiriendo la sangre al corazon, la bilis al hígado, la atrabilis al bazo y la pitúita al cerebro, así cómo tambien del estado de crudeza y de coccion de la materia morbífica; no era, sin embargo, humorista, segun demuestra en su práctica; y por lo que toca á la crudeza y á la coccion, debemos decir que son muchas veces una realidad, cómo aun en el dia nos lo manifiestan los distintos períodos de un simple catarro.

Expuesto ya lo mas notable de la doctrina de Hipócrates, nos limitaremos á decir en su parte crítica, que cual hija de la observacion, la adoptamos por completo, nó, segun se debe suponer, tal cual estaba en los tiempos de su fundador, pues esto seria desconocer la ley del progreso; sinó con todos los adelantos que han dado de sí los

veinte y tres siglos transcurridos desde aquella época: resultando de la comparacion de ambas, segun dice muy oportunamente Bouillaud, la misma diferencia que existe entre una miserable cabaña y un palacio magnífico, ó entre un arroyo naciente y la vasta extension del Océano; ó cómo dice Varela de Montes: «Una semilla en germinacion entonces; una palmera con sus ricos frutos ahora.» Lo que sí defendemos, y probaríamos si se tratase de una exposicion mas extensa de la doctrina hipocrática, cual sucederia en un escrito, cuyo único objeto fuera ocuparse de esta materia, en este caso se probaria que la mayor parte (no diremos todos) de los descubrimientos hechos en el dilatado período que nos separa del Padre de la medicina, se encontraban en estado de embrion, digámoslo así, en su doctrina, segun hemos manifestado hace poco haber sucedido con el de la auscultacion que forma época en nuestro siglo, y que tanta fama ha dado á Laennec.

Por lo demás, confesamos que algunos de los aforismos relativos á la esterilidad y á la preñez, por ejemplo, no han sido comprobados por la experiencia; segun nos lo manifiestan los cinco que vamos á citar. «Para saber si una mujer que no concibe es estéril ó nó, se la debe cubrir bien con sus vestidos y hacerla tomar una fumigacion: si pareciere que el olor penetra por el cuerpo hasta la nariz y la boca, se puede asegurar que no es de suyo infecunda.» «La mujer que lleva en su seno varon, tiene buen color; si es hembra, malo.» «El feto varon ocupa con preferencia el lado derecho de la matriz, y el feto hembra el izquierdo.» «Toda enfermedad aguda, en el período de la gestacion, es mortal.» «Si se quiere averiguar si una mujer está ó no embarazada, hágasela acostar sin cenar, y désela un poco de hidromel: si sobrevienen dolores de vientre, es señal de que está embarazada; de otro modo no lo está.»

Basta la simple lectura de estos aforismos, para convencerse de lo infundados que son, ya *à priori*, ya *à posteriori*. En efecto, la fumigacion nada sirve para conocer la esterilidad: las embarazadas tienen indistintamente bueno ó mal color, lo mismo si llevan en su seno un varon que una hembra: no es infrecuente ver que mujeres que han perdido el ovario izquierdo, ó el derecho, á consecuencia de supuraciones ó de quistes, han tenido con posterioridad hijos hembras ó va-

rones respectivamente, y hasta unos y otros: es una verdad que las enfermedades agudas que ocurren en el período de la gestacion, son mas graves que las que no ocurren en dicha época, pero no es exacto que sean mortales: por último, la administracion del hidromel para conocer el estado del embarazo, es un medio completamente ilusorio. ¡Ojalá fuese verdadero, y podríamos conocer los embarazos desde los primeros meses, lo que no sucede ahora, y evitaríamos mas adelante el bochorno que causa á las mujeres los reconocimientos que deben practicarse para este objeto, cuando hay necesidad de poseer semejante dato!

LECCION LIII.

Escuelas dogmática, empírica, metódica, pneumática, episintética y ecléctica.

Escuela dogmática.

Muerto Hipócrates á la edad de 94 años, segun unos historiadores, y á la de 104 ó 109, segun otros, sus mismos hijos Thésalo y Draco, y Polybo su yerno fueron, digámoslo así, poco dignos de su padre, pues abandonando el camino de la observacion que éste les trazara, sustituyeron el raciocinio á la experiencia, y enredados en el intrincado laberinto de la investigacion de las causas morbosas, y extraviándose en frívolas sutilezas, inútiles explicaciones y vanas elucubraciones del espíritu, intentaron darse razon de todos los fenómenos que se les presentaban, eligiendo el raciocinio cual única piedra de toque, fundando, por fin, la escuela conocida con el nombre de *dogmática* ó *racionalista*. Dicha escuela tomó tambien el nombre de hipocrática, pues se enseñaban en ella los principios del anciano de Coós, y no se negaba la necesidad de la observacion hipocrática. Este primer contratiempo que sufrió la medicina de observacion, cuyos progresos se paralizaron por largo tiempo, fué debido al influjo ejercido sobre la medicina por la filosofía de Platon reinante en aquella época. En ella se decia, que no podia darse prueba alguna de la existencia de todos los séres sensi-

bles, por estar en un flujo contínuo y ser imposible conocerlos. En su consecuencia estableció el siguiente principio: « Debemos remontarnos á la naturaleza íntima y al orígen de las cosas, si queremos llegar á descubrir sus resultados ciertos.» Deslumbrados los hijos de Hipócrates por este principio tan racional y aceptable al parecer, y no habiendo comprendido el carácter especial de la medicina, cómo lo habia comprendido su padre, segun lo manifestó al librar á ésta del yugo de los sistemas filosóficos, refiriéndola únicamente á la observacion y á la experiencia razonada, cayeron en el escollo del *dogmatismo*. Se perdió completamente de vista la observacion de los esfuerzos saludables de la naturaleza, y se creyeron autorizados para levantar sobre bases estables y duraderas el edificio de la medicina dogmática, cuya terapéutica se reducia principalmente á curar las enfermedades agudas por los refrigerantes, las pituitosas por los excitantes, y aquellas en que predomina la sequedad por los diluyentes; y cómo introdujeron estas reformas antes de haber reunido un número suficiente de observaciones que las sancionasen, resultó de ahí la confusion y el desórden, habiendo sustituido el espíritu de controversia á la buena observacion, y las frívolas hipótesis al estudio de la naturaleza, lo que dió orígen á un sin-número de sectas secundarias que cada dia se separaban mas y mas del camino de la observacion, el cual no abandonó por un solo momento el médico de Coós.

Escuela empírica.

Los principios exagerados de la escuela dogmática dieron márgen á que apareciese otra con el nombre de *empírica*, cuyo objeto fué producir una reaccion tan violenta que destruyese hasta los cimientos del dogmatismo, habiéndose en efecto establecido el empirismo con el lema de *experiencia pura* y *abajo el razonamiento:* á la manera que el ídolo de los dogmáticos era la *razon*, teniendo en poco aprecio la *experiencia;* el de los empíricos era la *experiencia*, postergando la *razon:* así es, que podríamos aplicar á los últimos aquel tan sabido verso latino que dice : *Cecidit in Scyllam, cupiens vitare Carybdim.*

En el dia se toma la palabra *empírico* en sentido poco favorable, considerándolo sinónimo de *charlatan* y *rutinero*. Al paso que juzga-

mos muy impropia la primera sinonimia, creemos fundada la segunda, segun vamos á ver por la definicion de una y otra palabra. Llámase charlatan el que recorre las plazas públicas para vender sus drogas, cuyas virtudes medicinales impostoras exagera con entusiasmo y aire de seguridad. Se aplica, en general, el nombre de rutina á toda práctica, estilo ó hábito que se adquiere en algun arte ó ciencia por el mero uso; por consiguiente debe entenderse por *rutina médica* el hábito de ver y curar las enfermedades, segun un plan formado, ya de las ideas mas veces recibidas, ó ya de algunos experimentos felices, mas bien que de los auxilios del estudio y de las reglas del arte. Por estas definiciones se echa de ver, que así cómo nada tienen de comun la *charlatanería* y el *empirismo*, éste y la rutina son una misma cosa, porque uno y otra, *siendo puros*, se fundan tan solo *en la experiencia desprovista completamente del raciocinio*. La medicina empírica está basada en la observacion y en la memoria, teniendo aquella los tres orígenes siguientes: 1.° la casualidad que presta hechos, y la marcha de la naturaleza que debe observarse, lo que ellos llamaban *autopsia*, observacion, y, en defecto de la *autopsia*, la historia: 2.° los ensayos emprendidos con el objeto de saber cuál será su resultado: 3.° la imitacion ó la analogía, así cómo tambien el *epilogismo*, razonamiento á beneficio del cual se deduce de los fenómenos sensibles la causa ó lesion interna. Estos tres orígenes se llamaron el *trípode* del empirismo. Dicha doctrina tenia otro grave defecto, cual era rechazar absolutamente la anatomía y la fisiología, pretendiendo que estos conocimientos no servian mas que para alimentar vanas especulaciones, sin resultados para el arte de curar. El empirismo antiguo se ve, digámoslo así, reproducido por la moderna homeopatía; pues para unos y otros están por demás la anatomía y la fisiología, ocupándose tan solo en buscar remedios, sin hacerse cargo del estado particular de los órganos, y empleando un medicamento para cada enfermedad; en una palabra, uno y otra son la medicina de los *específicos*.

Hubo otra causa que precipitó el nacimiento del empirismo, y esta causa fué el vuelo considerable que habia tomado el *escepticismo*, pues la excision entre los empíricos y dogmáticos ocurrió poco tiempo despues de haberse hecho célebre por su doctrina particular el jefe del

escepticismo, Pirron. En efecto, nada mas propio de un escéptico que no creer mas que lo que toca y lo que ve. Ya que de Pirron hablamos, creemos muy justo advertir que se le acusó injustamente de no haber querido admitir las percepciones que recibimos por los sentidos, pues si realmente hubiese llegado á este ridículo extremo de la duda, hubiera sido indigno de llevar el nombre de filósofo. En prueba de lo que decimos, hé aquí cómo se expresa uno de los sectarios del pirronismo, Sixto Empírico. «De ningun modo, dice, refutamos el testimonio de nuestros sentidos. No ponemos en duda, por ejemplo, que la miel sea dulce al paladar; pero cuando se trata de examinar la esencia del sabor dulce, confesamos francamente nuestra ignorancia, y demostramos la temeridad de los dogmáticos.»

Lo único que llamaba la atencion á los primeros empíricos, eran los grupos de síntomas, sin ocuparse del diagnóstico de la enfermedad, ni del conocimiento de sus causas. Cómo la observacion era el robusto eje sobre que giraba su doctrina, es preciso confesar que la llevaron á un alto grado de perfeccion, haciendo con esto á la ciencia un servicio muchísimo mas importante que todas las ideas y trabajos especulativos de la escuela dogmática, cuyas teorías quedaron al cabo de algun tiempo sepultadas en el olvido y relegadas únicamente á la historia; al paso que las reglas que nos han transmitido los empíricos acerca del modo de observar, forman, digámoslo así, la base de los estudios de observacion de nuestros dias, sin los cuales no dá un solo paso el raciocinio. Solo despues de haber observado los mismos casos repetidas veces, y en igualdad de circunstancias, aseguraban poseer un conocimiento racional, y distinguian perfectamente los fenómenos que en una enfermedad eran propios ó característicos, de los que eran puramente accidentales. Rechazaban la dialéctica y la filosofía cómo guias en sus investigaciones sobre la naturaleza de las enfermedades; pues decian: «si pudiesen servir de guia, los mas grandes filósofos serian siempre los mejores médicos, mientras que la experiencia demuestra diariamente lo contrario. Los filósofos agotan todos los recursos de la elocuencia; mas no es por medio de palabras cómo se curan las enfermedades, sinó con remedios.» Véase ahí apoyada por los empíricos la idea que emitimos, al ocuparnos de la medicina hipocrática, de la necesidad que tiene el médico de usar una lógica distinta de la

del comun de los hombres, para deducir, siempre que le sea posible, consecuencias *à posteriori*. A pesar de las ideas tan opuestas que profesaban los dogmáticos y los empíricos, seguian á poca diferencia unos y otros la misma marcha en el tratamiento de las enfermedades, segun indica Galeno.

Los principales jefes del empirismo fueron Filino de Coós y su sucesor Serapion de Alejandría (quien escribió con mucho encono contra Hipócrates), Apolonio, conocido por el sobrenombre de *Roedor de libros*, Glaucias y Heráclito de Tarento.

Atendida la suma importancia de la lucha suscitada entre las escuelas dogmática y empírica, lucha cuyos resultados han trascendido á la práctica, hasta de nuestros dias, si bien no con el exclusivismo de los tiempos antiguos, creemos muy conveniente dar una ligera idea de los argumentos de los médicos dogmáticos contra los empíricos en defensa de su sistema, y de la contestacion de éstos á aquellos.

Dicen los médicos dogmáticos, que es preciso investigar las *causas ocultas* de las enfermedades, así cómo las *evidentes*, lo mismo que el modo de ejercerse las *acciones naturales y las diferentes funciones* del cuerpo, para lo cual se necesita conocer la organizacion interna: llaman *causas ocultas* á aquellas que se refieren á los principios elementales de nuestro cuerpo y á lo que mantiene el equilibrio de la salud, ó, al contrario, la destruye, siendo imposible restituirla, si no se sabe el modo cómo se ha perdido, y que, por lo tanto, el médico que penetre mejor la naturaleza de estas causas, será el mas feliz en las curaciones: no niegan la utilidad de las experiencias, pero quieren que sean dirigidas por el raciocinio: que si es verosímil que los primeros hombres que se dedicaron á tratar las enfermedades, no aconsejarian lo primero que se les viniese á la imaginacion, éslo tambien que á veces obraron guiados tan solo por el juicio, hasta que la experiencia falló sobre la exactitud ó inexactitud de éste: que nada supone en favor del empirismo, decir que la mayor parte de los remedios eran el resultado de la experiencia, supuesto que su administracion fué *una consecuencia del raciocinio de aquellos que los habian empleado antes*: que cuando se presentan enfermedades nuevas y desconocidas, de nada sirve la experiencia, pero sí el raciocinio, siendo éste uno de los casos principales que prueba la necesidad de investigar las causas *ocul-*

tas: que bueno es conocer las *evidentes;* pero que este conocimiento no basta siempre para tomar indicaciones: que hay necesidad de conocer el *mecanismo de las funciones*, para saber cómo se desarreglan y el modo de volverlas á su estado natural; y, por fin, que para adquirir estos conocimientos es necesario hacer repetidas disecciones de cadáveres, y hasta vivisecciones en los hombres criminales condenados á muerte; cómo lo practicaron Herófilo y Erasístrato.

A esto contestan los médicos empíricos diciendo, que tan solo desean conocer las causas *evidentes*, supuesto que nada habian adelantado los filósofos ni los médicos acerca del conocimiento de las *ocultas*, y de las *acciones naturales* del cuerpo: que tratándose del raciocinio, no hay razon para ser mas partidarios de Hipócrates que de Herófilo, ó de Asclepíades, puesto que tan verosímiles son las razones de unos cómo las de otros: que si el raciocinio fuese la piedra angular del edificio de la medicina, curarian mejor los filósofos que los médicos prácticos, sucediendo todo lo contrario: que el conocimiento de las *causas* de las enfermedades y de la *virtud* de los remedios en general, es insuficiente en la práctica, porque las diversas localidades modifican unas y otras: que las causas *evidentes* no suponen el *conocimiento evidente* de los remedios: que si éstas muchas veces no pueden ilustrarnos, menos nos ilustrarán las *ocultas:* que si estas últimas son inciertas, vale mas atenerse á las seguras: que la experiencia ha demostrado á menudo lo que jamás hubiera podido hacer el raciocinio, habiéndose sacado de aquella los preceptos para la alimentacion: que la medicina, por medio de ensayos, ya favorables, ya adversos á los enfermos, ha ido distinguiendo lo útil de lo perjudicial; que no ha sido inventada por los raciocinios, sinó al contrario éstos despues de aquella: que cuando aparecen enfermedades nuevas y desconocidas, no es á la investigacion de las *causas ocultas* á la que debemos recurrir, sinó á la comparacion de las mismas con otras conocidas, con las que tengan mas analogía, empleando en su consecuencia un tratamiento análogo tambien: que no rechazan del todo el raciocinio en medicina, pero que no quieren aplicarlo á las *causas ocultas* y á la naturaleza de la enfermedad, sinó á los medios de curarla, siéndoles indiferente conocer la causa y el mecanismo de la respiracion, pero sí muy ventajoso saber los medios para curar la tos y la dificultad de respirar, y así respectivamente de otras

funciones alteradas; y, por fin, que la humanidad reprueba las vivisecciones, y que hasta las disecciones cadavéricas son infructuosas, al menos para la práctica, apoyando esto último en el ningun resultado que hemos obtenido para la curacion de la tisis y de las apoplejías, á pesar de las innumerables disecciones que se han hecho de los cadáveres de los sugetos que han sido víctimas de estas enfermedades.

Si pasamos ahora á hacer, aunque brevemente, el juicio crítico de estas dos escuelas rivales, no podremos menos de confesar, que una y otra han tocado en la exageracion, y que solo puede encontrarse la verdad adoptando un término medio entre las dos, cómo lo hizo el insigne Celso. En efecto, si bien es ventajoso el conocimiento de las *causas ocultas* para establecer un diagnóstico acertado, y en su consecuencia, un plan de curacion oportuno, sin embargo, es muy fácil que si no se obra con muchísima cautela en esta clase de investigaciones, nos lancemos al campo de las mas descabelladas hipótesis: que no hay ninguna duda que conociendo el modo de funcionar de los órganos en su estado natural y en el patológico, es mas fácil obtener la curacion, que si se ignoran dichas circunstancias; no diremos, por eso, que sin el referido conocimiento no se puedan curar algunas enfermedades, pues precisamente ignoramos ya la naturaleza, ya el sitio de las que mejor combatimos, cuales son las específicas, siendo buen ejemplo de ello la sífilis y las calenturas intermitentes: que así cómo los dogmáticos no niegan la utilidad de la experiencia, queriendo, empero, que esté supeditada al raciocinio; tampoco los empíricos rechazan éste del todo, queriendo, sin embargo, que esté subordinado á aquella: si bien no tiene duda que la casualidad y en seguida la experiencia provocada ó activa, por decirlo así, nos han dado á conocer las virtudes de varios medicamentos; tampoco la tiene que otras veces hemos hecho ensayos acerca de dicho punto, y con buen resultado, guiados únicamente por la razon: si se presentan enfermedades nuevas y desconocidas, es cierto que no podemos recurrir á la experiencia propiamente dicha, por no haber visto antes las mismas enfermedades, así cómo tampoco es muy fácil que el raciocinio nos lleve al conocimiento de las mismas; debiendo entonces apelar á la analogía, cómo la mejor piedra de toque en semejantes casos, medio que no titubeamos en calificar de *mixto*, correspondiendo, por lo tanto, de igual manera al dogma-

tismo y al empirismo; pues no hay duda que el que establece una analogía, raciocina, y por otra parte, ya sabemos que la analogía está comprendida en el trípode del empirismo: finalmente, si bien confesamos que las vivisecciones de los criminales, dado caso que las permitiese la actual legislacion, serian reprobadas por la humanidad; seria dar el paso mas retrógrado que registrarian las páginas de la historia de la medicina, abandonar en el estado de nuestra civilizacion las autopsias cadavéricas, segun pretendian los empíricos, por creerlas *infructuosas.*

De todo lo dicho deduciremos en buena lógica, que *el dogmatismo y el empirismo puros* son una calamidad para la ciencia, y por lo tanto, para la humanidad doliente, debiendo por consiguiente adoptar un término medio, *inclinándonos,* no obstante, *algo mas al empirismo que al dogmatismo;* mas diremos, si se nos colocase en la alternativa de optar por aquel ó por éste *puros* (lo que segun se deja comprender no puede pasar de una mera suposicion), no titubearíamos en abrazar el empirismo: de esta manera no solo seríamos mas felices en la práctica, sinó que evitaríamos que se dijese de nosotros, lo que se ha dicho de los dogmáticos, *vos disputatis, et ego morior.*

Escuela metódica.

Ya hemos visto que los jefes de la escuela empírica eran enemigos de los raciocinios y sistemas de filosofía, y desconfiando, por otra parte, sacar partido de la anatomía que se cultivaba ya, pues, segun va dicho, creian infructuosas las disecciones cadavéricas, se decidieron completamente por la experiencia. Hasta aquí podemos decir, que los empíricos no se salieron de su círculo; pero en seguida tuvieron otras aspiraciones, y llevados de la idea de hacer mas sencillo el estudio de la medicina, sujetándola á un método que fuese cómo una especie de compendio, fundaron una tercera secta ó escuela á la que dieron el título de *metódica*, nombre que representaba el objeto que se habian propuesto. Los empíricos, propiamente dichos, se habian propuesto ya hacer mas corto é inteligible el estudio de la medicina, habiendo al objeto desterrado de éste, la investigacion de las *causas ocultas* de las enfermedades. En la sucesion de los hechos empieza desde este mo-

mento la escuela metódica. En efecto, otros médicos, dando un paso mas que los empíricos, y hasta algunos de los empíricos mismos, no solo siguieron profesando el empirismo, sinó que limitaron el número de enfermedades á dos causas generales, á saber: la *astringencia* y la *laxitud (strictum et laxum)*. Sentada esta base, redujeron el problema de la medicina á resolver á cuál de las dos referidas clases de enfermedad correspondia la que debia tratarse, procurando adquirirse al punto el conocimiento de lo que las dolencias tenian de comun ó de particular. Dicha doctrina convenia con la de los empíricos, en considerar inútiles los conocimientos de las causas ocultas y de la anatomía, y con la de los dogmáticos en admitir la necesidad del raciocinio en las causas claras y evidentes, con el objeto de establecer el plan de curacion.

Si bien se dice, por lo general, que Themison de Laodicéa fué el primer fundador de la escuela metódica, y lo fué en efecto *oficialmente*, si puede ser permitida la expresion, veremos que no ocurrió así en realidad, si se estudia á fondo esta cuestion. Efectivamente, él fué discípulo de Asclepíades de Prussa, quien hizo en la medicina una reforma representada por la siguiente teoría. «En la naturaleza, decia, no hay sinó la materia en movimiento ó actividad, y la diferencia y variedad infinita de los fenómenos que presentan los cuerpos, resultan de la diversidad en los elementos. La organizacion del cuerpo humano resulta de la combinacion de una multitud de átomos desiguales, y al unirse dejan entre sí una infinidad de intersticios ó conductos, por los cuales circulan otros átomos. Éstos son únicamente visibles por los ojos del entendimiento, porque no tienen ninguna cualidad. Están en un movimiento eterno; continuamente se encuentran y chocan entre sí, en cuyos choques se van haciendo mas y mas pequeños: unas veces se atraen y otras se repelen, y de su mayor ó menor número y figura resultan las propiedades físicas de los cuerpos.» En seguida hace aplicacion de su sistema á la medicina en los términos siguientes: «El cuerpo humano subsiste en su estado natural mientras que la materia circula libremente por sus poros; y por el contrario, deja de estarlo, cuando aquella encuentra obstáculos en su circulacion. La proporcion de la materia con los poros es causa de la salud, y su desproporcion de la enfermedad. El obstáculo ordinario que puede presentarse, es la

detencion de la materia, bien sea porque los poros se estrechen, bien porque los átomos se precipiten en gran número, ó bien, finalmente, por la irregularidad de su figura.» Su práctica era sencillísima, pues se reducia casi exclusivamente á la gimnástica y á las fricciones, con el objeto de poner en relacion y armonía la figura y dimensiones de los *poros* con la de los átomos que debian atravesarlos.

Vése ahí la reforma de Asclepíades que no pudo llevar á cabo, por haberle sorprendido la muerte; reforma que admitió Themison, modificándola, sin embargo, algun tanto, segun vamos á manifestar. La hemos expuesto para demostrar que es efectivamente, segun hemos dicho poco há, el verdadero fundamento ú orígen de la escuela metódica.

La modificacion que introdujo Themison en la doctrina de su maestro, fué la siguiente. Creia en la existencia de los poros en el cuerpo, por una causa evidente, cual es el sudor, al paso que Asclepíades la hacia remontar á una *causa oculta*, desdeñando, por lo tanto, aquel el conocimiento de las *causas ocultas*. Redujo la patología á tres clases de enfermedades, representadas por los tres elementos *strictum, laxum et mixtum;* es decir, las que dependian de la *astringencia* y de la *laxitud* de los tejidos, y las que dependian en parte de la *relajacion*, y en parte de la *astriccion*, y que en virtud de participar, á la vez, de estos dos elementos, se llamaban *mixtas*. Desechaba toda indicacion deducida de la edad, temperamento, estado de las fuerzas, hábitos, y en una palabra, de las diversas circunstancias particulares de que surgen tantas modificaciones. Fué exagerado solidista, habiendo descuidado, en su consecuencia, el estudio de los humores; para él no habia causas específicas, ni sitio particular de las enfermedades. La dicotomía de la parte teórica de este sistema no podia dejar de reflejarse en la parte clínica; así es que todos los remedios eran *astringentes*, *relajantes* y *evacuantes*, con el objeto de *constreñir los poros muy abiertos*, ó de *relajar los muy constreñidos* para dar paso á los átomos. Fué, en una palabra, el *brownismo* de la antigüedad.

Pertenecieron tambien á esta escuela Thésalo, y el elegante Celso, llamado con justicia el *Ciceron de la medicina*, siendo, no obstante, de advertir que éste adoptó tan solo en parte el metodismo: es notable su higiene por la distincion que hace entre las reglas que deben

seguir las personas sanas y robustas, y las que aconseja á las personas delicadas y enfermizas. Escribonio, Largo, Dioscórides, Sorano de Efeso y Celio Aureliano fueron tambien metódicos.

Escuela pneumática.

Así se llamaba la que admitia un principio activo inmaterial, al que dieron el nombre de *pneuma,* ó sea *espíritu*, y el cual podia producir tanto la salud cómo la enfermedad, doctrina que estaba basada en la teoría de Platon.

Al ocuparnos de la escuela metódica, dijimos que ésta fué obra de los empíricos, si bien abandonaron el rigor del empirismo, y convinieron con los dogmáticos en la necesidad del raciocinio en las *causas evidentes*. Ahora bien, los dogmáticos á su vez fundaron otra escuela, en la época que la metódica estaba en su mayor apogeo: esta escuela fué la pneumática de que nos estamos ocupando, la que se diferenciaba de la otra, en que admitia el referido pneuma ó espíritu, en lugar de la sincrisis ó reunion de los átomos primitivos. Algunos dicen, y con razon, que la escuela pneumática no podia en rigor considerarse cómo nueva, porque Erasístrato, célebre médico de la escuela de Alejandría, y el cual hizo grandes progresos en anatomía, si bien cayó en algunos errores, cual el que vamos á mencionar, dió grande importancia al pneuma, pues dice que las arterias no contienen sangre alguna en el estado natural, que solo están llenas de aire ó de espíritu, lo mismo que el ventrículo izquierdo del corazon, y que antes de abrir éste, el espíritu se evapora sin ser visto, reemplazándole la sangre. Dicho pneuma ó espíritu de Erasístrato perdió mucho de su importancia cuando se inventó el metodismo, habiéndose acogido de nuevo á la secta de los pneumáticos los médicos que no quisieron abrazar la de los metódicos.

Los pneumáticos tenian la apreciable cualidad de no atribuir todas las enfermedades, pero sí la mayor parte, al pneuma, sinó que consideraban tambien de mucho interés la combinacion de los elementos del cuerpo, pues decian que «el calor y la humedad combinados entre sí, son los elementos mas propios para conservar la salud: el calor y la sequedad ocasionan enfermedades agudas: el frio y la humedad las

flegmáticas: el frio y la sequedad, finalmente, dan lugar á la melancolía, y todo se deseca y se marchita á la aproximacion de la muerte.»

Es indudable que la patología les debe bastante, pues descubrieron muchas enfermedades; pero no podian ocultar que descendian de la escuela dogmática, porque abusando del raciocinio, inventaron sutilezas sin cuento, estableciendo, en su consecuencia, un gran número de especies de enfermedades, que realmente no existen Admitieron la palabra *putridez* para representar una alteracion aparente de los humores. Donde, empero, reinó mayor confusion fué en la doctrina de los pulsos, de los cuales ninguna escuela habia admitido tanto número, ni tanta variedad.

Atheneo de Atalía, en Cilicia, fué el fundador de la escuela pneumática, y casi el único que merece en rigor la calificacion de pneumático: algunos historiadores, entre ellos Tourtelle, creen que perteneció á la metódica; pero Sprengel lo conceptua como pneumático. Pertenecieron tambien á esta escuela Agatino de Esparta, Teodoro, Archígenes de Apamea, Areteo de Capadocia, Herodoto, Posidonio y otros.

Escuelas episintética y ecléctica.

La primera fué creada, segun unos historiadores, por Agatino de Esparta, y, segun otros, por Leónides de Alejandría. En efecto, siendo el primero discípulo de Atheneo, apostató despues de los principios severos de su maestro, y tratando de conciliar las opiniones de los empíricos con las de los metódicos, fundó una nueva escuela, que por estar basada en la idea de amalgamar y reunir todos los hechos y dogmas hasta entonces conocidos, se denominó *episintética*, cómo quien dice, grado supremo de síntesis ó reunion.

La segunda, ó sea la ecléctica, reconoció por fundador á Archígenes de Apamea, quien siendo á su vez discípulo de Agatino de Esparta, se propuso elegir entre la referida amalgama de hechos y dogmas, lo que en ella habia de útil y verdadero, por cuya razon dió á su doctrina el nombre de ecléctica, toda vez que se encontraba fundada en la eleccion de lo que se creia verdadero y provechoso, desechando lo falso, inútil y perjudicial. Ahora bien; si reflexionamos que al reunir Agatino de Esparta todos los hechos y conocimientos de sus predecesores, no

pudo llevarse otra idea que entresacar de ellos lo que creyese digno de conocerse y cultivarse, y abandonar lo restante; deduciremos en buena lógica, que las escuelas episintética y ecléctica son una misma, con la sola diferencia de que la denominacion de la primera expresa los medios de que se valió, y la de la segunda el fin que se propuso. Por esta razon las tratamos reunidas, refundiéndolas en una sola, la ecléctica.

El eclectismo ó eclecticismo en medicina, si bien no se puede asegurar que en los tiempos antiguos haya sido hijo de la filosofía ecléctica, ó sea, de aquella secta de filósofos antiguos, llamados tambien *sincretistas* que se proponian reunir en un mismo sistema los que habian reinado antes; puede decirse que en los tiempos modernos lo es del eclecticismo filosófico moderno tambien, que ha pretendido tomar de todos los sistemas lo que tienen de bueno y formar con ellos uno bien acabado. Sobre este punto se hace una reflexion muy oportuna y es la siguiente: ¿A quién no se le ocurre que para reconocer lo que es bueno, es preciso haber establecido préviamente una teoría que sirva de punto de comparacion? El eclecticismo encierra necesariamente una peticion de principios. Así pues, cómo consecuencia del eclecticismo moderno de los metafísicos, ciertos médicos se han llamado eclécticos. Si se tratase de puntos teóricos se presentarian en la medicina los mismos inconvenientes que en la filosofía; sin embargo, si por él se entiende el exámen imparcial de los resultados de la experiencia, la pretension es ya mas modesta y encierra un consejo altamente saludable. Por eso ultimo que acabamos de decir, extrañamos mucho que el eclecticismo sea mirado con prevencion desfavorable, y hasta rechazado por muchos prácticos y autores de nota; hasta el extremo de haber dicho Trousseau y Pidoux que «con sus ilusorias pretensiones de escoger lo bueno en cada sistema, el eclecticismo, arquitecto de la confusion y de la nada, tan solo es útil para disfrazar el escepticismo.» Concebimos este desórden y confusion, tratándose de principios teóricos; pero si se habla en el terreno puramente práctico, comparando los resultados clínicos de los diversos sistemas, es decir, si se entiende por eclecticismo, cual entendemos nosotros, *el exámen imparcial de los resultados de la experiencia;* en lugar de ser el eclecticismo el representante del desórden y de la confusion, es, al contrario, la única áncora de salvacion

que resta á los desgraciados enfermos, para que puedan arribar sin tropiezo al puerto de salvacion En efecto, los únicos médicos que no son sistemáticos, son los que profesan la medicina de observacion, y cómo ésta les enseña que la verdad, ni se encuentra, ni puede encontrarse en ningun sistema exclusivo, de ahí es que el verdadero médico clínico toma de los sistemas lo que está conforme con la verdad, sobre todo en lo que hace referencia al plan curativo que es para él el punto de mas interés; y por consiguiente, se halla convertido en un *médico ecléctico*. Felizmente, hoy todos los médicos son eclécticos á la cabecera del enfermo, y desgraciado éste si no lo fuesen: así pues, el que hoy sangra, mañana dá la quina, el alcanfor y los estimulantes difusivos, y otro dia dá un vomitivo, un purgante, el ópio, el tártaro emético á altas dosis, y acude en su caso á la hidroterapia, y cauteriza una úlcera sifilítica, y usa una disolucion de nitrato de plata muy concentrada en las oftalmías purulentas y blenorrágicas, y acude, finalmente, á la homeopatía, cuando el buen régimen dietético y el tiempo son los dos únicos elementos de curacion. Si este modo de proceder no constituye el *eclecticismo*, no comprendemos lo que debe entenderse por éste, y si realmente es tal cual lo comprendemos, no nos es posible concebir que pueda haber médicos, no diremos de nota, pero ni siquiera de medianos alcances, que rechacen el eclecticismo. Decimos de nuevo, para que no se interpreten mal nuestras palabras é ideas, que nos referimos tan solo *al terreno de la práctica*, siguiendo la medicina de observacion, que es la única á la cual rendimos culto; pues en el especulativo y en el de las teorías rechazamos tambien el eclecticismo, por formar un cuerpo de doctrina compuesto de elementos muy heterogéneos, y que se oponen á la unidad de pensamiento.

Los autorizados nombres de los médicos de la antigüedad, Celso y Areteo, vienen en apoyo de nuestras opiniones acerca de la necesidad del eclecticismo en el campo de la clínica, pues que á pesar de ser el primero metodista, si bien no de una manera absoluta, y pneumático el segundo, eran *eclécticos hipocráticos*, pues dejando á un lado sus ideas teóricas al acercarse á los enfermos, abrazaban cómo buenos prácticos que eran, la medicina de observacion.

Ahora bien; hecha esta ligera reseña de las escuelas *metódica*,

pneumática y *ecléctica*, formaremos en muy pocas palabras el juicio crítico acerca de las mismas, diciendo: que ni en el terreno especulativo ni en el práctico pueden admitirse las dos primeras, pues por demasiado exclusivas, no son la expresion de la verdad, siendo únicamente ésta el patrimonio de la ecléctica, no precisamente en la teoría, sinó en la práctica, toda vez que deduciendo las indicaciones de las tendencias de la naturaleza, cuando son acertadas y salvadoras, así cómo de los medios que aprovechan y de los que dañan, recoge el fruto que pueden dar de sí los diferentes ramos de la medicina.

LECCION LIV.

Sistemas de Galeno, Paracelso, Wan-Helmont, yatro-químico y yatro-mecánico.

Sistema de Galeno.

En el primer tercio del siglo II de la Era cristiana apareció en el horizonte de la medicina uno de los mas brillantes astros que en la misma han descollado, y que forma, por lo tanto, una de las épocas mas célebres que registran las páginas de su historia. En el año 131 nació en Pérgamo, en el Asia menor, Galeno, á quien se puso el nombre de Claudio, y llegó á adquirir una reputacion tal, que segun cuentan los historiadores, ninguno de los médicos de la antigüedad ha poseido un genio tan brillante, una erudicion tan vasta, unos conocimientos tan generales en los diversos ramos del arte de curar, ni un talento tan especial, por fin, cómo él. Prueba su gran fama, el haber sido siempre conocido con el nombre de *El médico de Pérgamo*. Su talento y la excesiva vivacidad de su imaginacion perjudicaron la profundidad de su juicio, y por consiguiente, su circunspeccion, hasta el extremo de haberse creido el *non-plus-ultra* de la medicina, y aun superior á Hipócrates, de quien se declaró enemigo en los primeros años de su práctica, y cegado por su orgullo, se figuró que nadie habia curado las enfermedades que él; pero vino despues otro período en su

vida científica, en la cual habiendo sabido aprovechar las buenas lecciones de la experiencia, modificó las opiniones que en el vértigo de sus conquistas, de su fama colosal, y de la altura en que le colocaba su vasta erudicion, formara de Hipócrates y de sus obras, y concluyó por profesar á uno y á otras el mas profundo respeto. En tanto fué así, cuanto que á pesar de ser sistemático en sus teorías, segun vamos á ver muy pronto, era un *ecléctico hipocrático de corazon*. La aparicion de este ilustre médico, que tuvo lugar unos quinientos años despues de Hipócrates, se verificó precisamente en una época en que devorada la ciencia médica por la mas profunda anarquía, promovida y alimentada por los dogmáticos, empíricos, metódicos, pneumáticos y eclécticos, necesitaba, digámoslo así, de la venida de un Mesías que la sacase del estado de confusion y de desórden en que se encontraba. Presentóse, en efecto, este Mesías bajo el nombre de Claudio Galeno, y haciéndose superior á todos los médicos de su época y combatiendo los diversos sistemas en que estaba dividido el arte de curar, empuñó el cetro de la medicina, que poseyó por espacio de mas de trece siglos hasta que vino á arrebatárselo, para mengua de la ciencia, un famoso personaje, el cual formó época en la historia del arte, y que mas bien calificaremos de famoso charlatan, que de famoso médico. Nos referimos á Paracelso, de quien nos ocuparemos luego que hayamos hablado del sistema que vamos á examinar.

Dominado el Médico de Pérgamo por las ideas de la filosofía de Platon y de Aristóteles, que amalgamó á las de Hipócrates, hizo aplicacion de ellas á la medicina, habiéndola, en consecuencia, recargado de infinidad de explicaciones estériles. Cómo buen *sincretista* ó *ecléctico*, fundó un sistema médico, que si bien compuesto de trozos ó fragmentos de las diversas doctrinas que, segun hemos dicho ya, pretendian escalar el trono de la medicina, cuando él emprendió su reforma; formó, sin embargo, un cuerpo de doctrina tan seductor, armónico, simétrico, y, por último, tan perfectamente combinado, que fué el Evangelio de la medicina, el que reinó despóticamente en todas las naciones cultas, por el dilatado espacio de tiempo que dejamos expresado; sistema que á pesar de hallarse basado sobre todos los otros, reflejaba mas particularmente el dogmatismo en teoría, y el empirismo en la práctica, creando, en último resultado, el humorismo, cuyos

principios estaban ya en boceto en los escritos de Hipócrates, ó por lo menos en los de su escuela.

Cómo la antigua doctrina de los temperamentos está basada en el sistema de Galeno, tuvimos necesidad de exponer los principios cardinales de éste, cuando tratamos de aquellos; de modo que ahora podríamos en rigor omitirlos por suponerlos ya conocidos. Sin embargo, preferimos el inconveniente de su repeticion, al de obligar á los lectores á tener que recurrir á los temperamentos, para recordar dichos principios.

Galeno, pues, basó su sistema en los principios de la filosofía aristotélica en la forma siguiente. Hay cuatro elementos, dijo, que son el fuego, la tierra, el aire y el agua: á dichos elementos corresponden las cuatro cualidades principales del cuerpo, á saber, el cálido, el frio, el seco y el húmedo: la union binaria de estas cualidades dá lugar á la formacion de los cuatro humores dominantes de la economía, sangre, pitúita, bilis y atrabilis: el predominio relativo de estos cuatro humores es el fundamento de los cuatro temperamentos, sanguíneo, pituitoso, bilioso y atrabiliario ó melancólico: con los referidos temperamentos están enlazadas relativamente otras tantas clases de enfermedades que son: las sanguíneas ó inflamatorias, pituitosas, biliosas y atrabiliarias: á estas cuatro clases de enfermedades se refieren, por último, otras tantas de medicamentos destinados á evacuar respectivamente los cuatro humores referidos. Hé aquí pues, la medicina humoral en su mas alto grado, y la razon porque hemos dicho que el sistema de Galeno representaba, en último resultado, el humorismo, basado en su célebre *cuaternion*.

Estableció lo que él llamaba *temperamenta temperata*, es decir, los temperamentos que no descollaban por sus respectivos caracteres particulares, por hallarse modificados en razon de existir una especie de equilibrio de los cuatro humores. Decia que la sangre era cálida, húmeda y dulce; la pitúita, fria, húmeda y glutinosa; la bilis, cálida, seca y acre; y la atrabilis, fria, seca y árida. Forzoso es reconocer, que las referidas cualidades son la genuina expresion de la verdad, cómo lo observamos diariamente, prescindiendo de la atrabilis que está desterrada hoy dia ya de las teorías ya de la práctica. Conoció tambien los caracteres diferenciales entre el animal, el vegetal y el mi-

neral: el trípode de la vida significado por el cerebro, el corazon y el hígado en representacion de los órganos digestivos; así cómo tambien las relaciones íntimas de los órganos por el intermedio del sistema nervioso, habiendo distinguido ya el de la vida animal del de la vida orgánica, y además el delirio simpático de una pulmonía, y el sintomático de la frenitis. En su consecuencia, estableció tres clases de fuerzas, á saber, las animales, las vitales y las naturales, residiendo las primeras en el cerebro, las segundas en el corazon, y las terceras en el hígado, de cuya clasificacion derivan las denominaciones de animal, vital y natural que damos todavía en nuestros tiempos á las respectivas cavidades esplácnicas de la cabeza, pecho y vientre. Segun él, la fuerza vital produce el pulso, por comunicar al corazon y á las arterias, por medio del aire, la facultad de ejercitar sus contracciones, suponiendo que la parte mas ténue de este aire, y bajo la forma de gas, circulando por todo el cuerpo, producia tambien las funciones animales, ó sea las del alma, y las naturales, ó sea las digestivas. Hizo interesantes estudios sobre el pulso que nada dejó que desear, por decirlo así, á los semeyologistas modernos, á pesar de que nuestro Solano de Luque, que tanto sobresalió en el arte esfígmica, parece haber completado algunas observaciones contenidas en sus escritos. Estaba poseido de una idea fija, que no hay inconveniente en calificar de *manía*, cual era la de no equivocarse nunca en sus pronósticos, diciendo que, *favorecido por la Divinidad, nunca se creyó engañar en sus profecías.* Ya dijimos, al ocuparnos de la medicina de observacion, que habia exagerado y desvirtuado, en su consecuencia, la doctrina de los dias críticos de Hipócrates, por no haberlos deducido, cómo éste, de la observacion, sinó de ideas teóricas y de las sutilezas á que se sentia tan inclinado.

Las intemperies, ó sea, los excesos ó defectos en la cantidad de los humores ó del cuerpo en general, eran, segun dicho sistema, la causa de todos los males, consistiendo, por lo tanto, la indicacion principal en combatir la intemperie, ya cálida, ya fria, ya húmeda, ya seca que produjese la enfermedad: las alteraciones del pneuma no eran extrañas á la produccion de las dolencias.

Por lo que toca al tratamiento de las mismas, diremos, que sus preceptos de terapéutica general son de mayor interés que los métodos

especiales de curacion, pues dá reglas muy acertadas sobre las doctrinas de las indicaciones y de las contraindicaciones. El régimen dietético que prescribia en las enfermedades, en nada se diferenciaba del de Hipócrates, y si bien hemos dicho que en la práctica era ecléctico hipocrático, sin embargo, abusaba algun tanto de la sangría, y era aficionado por demás á las prescripciones compuestas de muchos medicamentos á la vez, habiéndose distinguido por el lujo y prodigalidad de las fórmulas; tanto que *galenismo* y *polifarmacia* eran, y son todavía en nuestros tiempos palabras sinónimas. Cómo buen humorista, ya debe suponerse que fué muy aficionado á la administracion de los purgantes. Por fin, arrastrado por el espíritu de su época, usó una multitud de específicos.

En el dia solo quedan las ruinas de este antiguo y grandioso edificio de la medicina, destruido insensiblemente por los progresos de la química y de la fisiología. Los cuatro elementos de Aristóteles, fundamento de este sistema, han desaparecido, pues prescindiendo del fuego ó flúido calórico, considérese cómo se quiera, está perfectamente demostrado que el aire, la tierra y el agua no son elementos químicamente considerados, sinó cuerpos compuestos: la fisiología moderna ha establecido una diferencia fundamental entre los líquidos de circulacion y los de secrecion: la melancolía ó atrabilis ha desaparecido de la escena, y la pitúita ó flema que no es otra cosa que un líquido sero-mucoso, digámoslo así, ó mucoso claro y mal formado, ha perdido extraordinariamente de importancia.

Militaron bajo las banderas de Galeno médicos de mucha reputacion, que ocupan un lugar distinguido en la historia, cuales son: Oribasio, Paladio, Aecio, Alejandro de Tralles, Paulo de Egina, conocido tambien con el nombre de Pablo Ægineta, Rhazes, Avenzoar, Averroes, Albucasis, Messue y otros.

Este sistema contenia grandes verdades, pues estaba fundado en conocimientos anatómicos y fisiológicos de grande importancia, atendida especialmente la época en que reinaba, y contenia principios acerca del papel que desempeñan los humores, tanto en el estado de salud, cómo en el morboso, que, á no haber sido exagerados, hubieran representado la fórmula de verdades innegables, segun lo prueba la especie de reaccion prudente y moderada que se está operando, en nues-

tros dias, en favor del humorismo, reaccion hija de observaciones concienzudas y de una dilatada experiencia. En él se postergó indebidamente á los sólidos, y se dió una importancia ridícula al tan cacareado pneuma: se emplearon los evacuantes y las sangrías mas de lo regular: téngase, sin embargo, presente lo que dijimos antes, de que Galeno era, por punto general, hipocrático en su práctica, lo cual constituye su mejor elogio. Cómo el reinado del galenismo en medicina coincidió desde el siglo VI en adelante, con la desgraciada época de la Edad media, en que no solo la medicina, sinó tambien todas las otras ciencias y artes fueron heridas de muerte bajo la ominosa dominacion de los bárbaros, que inició su reinado con la repugnante hazaña de reducir á cenizas la famosa biblioteca de Alejandría, emporio del saber humano, se confundieron con el galenismo la magia, la supersticion, los exorcismos, la teosofía, los amuletos, la astrología, el mas grosero empirismo, y las demás plagas, por fin, de aquella época de oscurantismo, habiéndose encargado el clero del ejercicio de la medicina. Oigamos lo que acerca de este particular dice Chinchilla en sus *Anales históricos de la medicina en general*. «Los monjes ejercian la medicina entre los cristianos de Occidente desde el siglo VI, práctica que consideraban cómo una obra de piedad, y cual un deber que les imponia la profesion religiosa. Pero conservándose por la ignorancia las preocupaciones, bien fuese por la meditacion, ó ya por los conocimientos profanos, descuidaron el estudio de la ciencia propiamente dicha; jamás quisieron reflexionar sobre las causas que producen los fenómenos de la naturaleza, ni emplear los medicamentos ordinarios; antes al contrario, recurrieron á las plegarias, á las reliquias de los mártires, al agua bendita, á la comunion y á los aceites sagrados.» Estos monjes eran indignos del título de médicos, y se les puede llamar con mas fundamento guarda-enfermos piadosos y fanáticos: tales fueron los hermanos de San Antonio en Viena; en el Delfinado los Lolhardos, los Alejos, los Celites, las Bellinas y las Hermanas-Negras, cuyos rastros no han desaparecido todavía.

En el siglo VIII mejoró ya algun tanto el estado de la medicina con el establecimiento de la Escuela de Córdoba, que fué por espacio de muchos siglos la mas célebre de todo el Orbe; y en el siglo X poseia la biblioteca mas rica de toda Europa, pues contaba ya doscientos vein-

te y cuatro mil volúmenes, parte de los cuales eran restos preciosos salvados del incendio de la de Alejandría y traidos á España por los árabes finalmente, los monjes Benedictinos distinguiéndose, por sus conocimientos científicos, del clero que hasta entonces habia ejercido la medicina, abandonaron el tratamiento de las enfermedades por los medios supersticiosos y fundaron en el siglo XI la célebre Escuela de Salerno, que de dia en dia fué adquiriendo mayor celebridad. Verificóse en el siglo XV la invencion del arte *divino* de la imprenta, renació el espíritu de observacion, restituyóse la medicina hipocrática, en cuyo acontecimiento notable tuvieron gran parte, entre otros muchos extranjeros, los médicos españoles Mercado y Valles en el siglo XVI, habiendo llevado la mayor gloria en este suceso la Escuela médica de París.

Sistema de Paracelso.

A principios del siglo XVI, época en que estaba bamboleándose ya el antiguo y ruinoso edificio del sistema de Galeno, á lo que contribuyó en gran parte la reaparicion de la medicina hipocrática, que coincidia con la notable época histórica llamada *del Renacimiento*, apareció un famoso reformador aleman, el alquimista Paracelso, destinado á derribar, no la medicina antigua, segun dicen algunos de una manera absoluta, sinó el galenismo; pues dicha medicina antigua estaba representada por éste y por el hipocratismo. Los tiros del alquimista, pues, no alcanzaron á la medicina de observacion. En 1526 apareció en el orbe médico este célebre personaje que si bien gozó de gran fama durante su vida, y sigue dispensándosela la historia de la ciencia, mas que á sus buenas dotes y cualidades científicas, la debió á su osadía, orgullo, petulancia y cinismo, no menos que á la conducta reprensible y escandalosa que observaba, ya cómo particular, ya cómo médico, ya cómo hombre público en la cátedra. Cuéntanse efectivamente de él hechos altamente repugnantes. Al fundar su nuevo sistema, no llevó otra mira que la de adquirir una degradante popularidad, incompatible siempre con la severidad y elevadas aspiraciones de la ciencia. En efecto, no escribió para los sabios sinó para el pueblo; y así es que introdujo la cábala en medicina, porque este recurso hacia innecesario

el estudio de las ciencias y de los idiomas; siendo las otras bases de su sistema, la teosofía, la influencia de los astros, el poder de los talismanes, las virtudes deducidas de la metalurgia, el misticismo, el arqueo en el estómago, las efervescencias de los humores, y las acrimonias químicas. Hijo de una familia distinguida, fué instruido en la astrología, alquimia y medicina por su padre que era médico y alquimista tambien, habiéndole perfeccionado despues algunos eclesiásticos en el estudio de esta ciencia. Desde su juventud emprendió muchos viajes, y á estilo de nuestros gitanos, pronosticaba el porvenir de las gentes por los astros y los signos de las manos. De todos modos, á la edad de 33 años habia adquirido ya una celebridad tan colosal, que era objeto de la admiracion de los pueblos; celebridad que formaba un extraordinario contraste con el desprecio mas profundo con que generalmente se le miraba, fundado en sus malas cualidades, segun iremos viendo. Parece increible que él mismo asegurase, segun refiere la historia, que en el espacio de diez años no habia abierto ni un solo libro, y que toda su librería estaba reducida á seis hojas. Dícese tambien que á su muerte, y por su testamento, constó que su biblioteca se componia tan solo de la Biblia, de la Concordancia de la misma, del Nuevo Testamento, y de los Comentarios de San Jerónimo á los Evangelios.

En 1526 fué nombrado catedrático de física y de cirugía en la Universidad de Bala. Decia que cada país producia un genio por una sola vez; que la Grecia habia dado á Hipócrates, la Arabia á Rhazes, la Italia á Ficin, y la Alemania á él; pero que él aventajaba á todos, porque ellos habian escrito tan solo para su país y su clima, y él para todos los hombres y para todos los países del mundo. Tuvo el descaro y atrevimiento de quemar en público las obras de Hipócrates, Galeno y Avicena, asegurando al auditorio, que sus zapatos sabian mas que ellos· que todas las Universidades juntas no sabian tanto cómo sus barbas, y que los pelos de su sayo tenian mas ciencia que todos los escritores reunidos. Es imposible, á nuestro juicio, ver un conjunto tan completo de excentricidades, por no calificarlas de otra manera, á no tratarse de un enajenado. Diremos, finalmente, para terminar esta ligera biografía enlazada en gran parte con el sistema de nuestro protagonista, que pasaba la mayor parte del dia embriagado y en las tabernas, al-

ternando con la gente mas soez; y hasta dijo Oporin, que no subió una vez á la cátedra que no vomitara vino. Creemos inútil indicar que esta conducta licenciosa mancilló su reputacion hasta llegar á perderla del todo. No entramos en mas detalles, porque la pluma se resiste á trasladarlos al papel.

Esto no obsta para que le concedamos un genio emprendedor, una impetuosidad de alma poco comun, una imaginacion volcánica y un irresistible instinto de reforma. Estas circunstancias le granjearon tanta popularidad, que al poco tiempo se agruparon numerosos partidarios al rededor de la bandera que levantó, declarando la guerra al galenismo.

Era tal la aficion que tenia á enlazar la influencia de los astros sobre los órganos y funciones del cuerpo, que estableció relaciones entre la Luna y el cerebro; el Sol y el corazon; Mercurio y los pulmones; Marte y la bilis; y entre Vénus, por fin, y los riñones y los órganos de la generacion. Estableció tambien diferentes especies de pulso, segun la referida influencia sideral. Llegó á exagerar tanto estas ideas, que no queria que se dijese, por ejemplo, este hombre goza de este ó del otro temperamento, sinó en este hombre reina Marte, Vénus, Saturno, el Sol, la Luna, etc. Maridó los elementos de los alquimistas, á saber, la sal, el azufre y el mercurio con sus ideas cabalísticas; así es que inventó una sal sydérica, que representaba la consistencia del cuerpo; un azufre sydérico, símbolo del desarrollo y combustion de los cuerpos; y últimamente, un mercurio sydérico, representante de la fluidez y volatilizacion. La reunion de estas tres sustancias formaba el cuerpo. El arqueo, ó espíritu de la vida, presidia en el estómago las funciones de la misma, convertia el alimento en sangre y curaba todas las enfermedades.

Dividió éstas en cinco clases, que son las siguientes: 1.ª *Ens Dei;* enfermedades que Dios envia, ó las de predestinacion divina: 2.ª *Ens astrale;* las producidas por los astros: 3.ª *Ens naturale;* las que provienen de un vicio de la naturaleza: 4.ª *Ens pagoicum;* las de imaginacion y por encantamiento: 5.ª *Ens veneni;* las que son originadas por una materia venenosa.

El tratamiento de las enfermedades era tan ridículo y extravagante cómo todo lo demás de su sistema: consideraba el oro, cómo un es-

pecífico para todas las enfermedades que procedian del corazon: propinaba los diversos bulbos de las plantas, especialmente los del género orchis, en las dolencias de los testículos, porque los medicamentos debian, segun él, emplearse en las enfermedades de aquellos órganos á que mas se parecian por sus formas: decia que si el zumo de la encina no alcanzaba á curar la epilepsia, era porque no se empleaba cuando el cielo le era favorable. Era muy aficionado á los específicos; de modo que consideraba cómo un remedio infalible, su famoso *elixir de larga vida*, que decia llevar en el puño de su baston.

Cómo dió tanta importancia á la alquimia, los simples cocimientos y jarabes fueron sustituidos por los elíxires, tinturas, extractos, esencias y quintas esencias; y era tal la confianza que tenia, ó aparentaba tener por lo menos en los remedios, que decia á los médicos: «no digais que no hay consuelo para los males; decid que es imposible en vuestras manos.»

En medio de sus excentricidades y delirios, estuvo acertado en algunas cosas, aunque pocas: por ejemplo, administró el mercurio, ya solo, ya combinado con el ópio, en la sífilis, lepra, sarna y otras enfermedades cutáneas; el estaño en las lombrices: conociendo que era la naturaleza la que verificaba la cicatrizacion de las úlceras y heridas, desterró el uso de los emplastos, introdujo en la materia médica varios medicamentos sacados del reino mineral; y por fin, habiendo conocido perfectamente la perniciosa influencia que ejercia el aire impuro y mefítico de las salas de los hospitales en la curacion de las heridas, propuso varias fumigaciones con objeto de neutralizarlo.

Pocas consideraciones bastarán para formar el juicio crítico de este sistema. Para nada figuran en él, ni la razon ni la experiencia, apoyándose solo en el misticismo, magia, cábala, astros, elementos químicos, analogías groseras, y en otros mil objetos ridículos y disparatados. Cómo el vulgo anda siempre en pos de lo fantástico, de lo extraordinario, de lo maravilloso y de todo aquello que no comprende, fué partidario acérrimo de su sistema, el cual, no obstante, se estrelló contra la clase sensata y científica, para la cual la medicina no era una charlatanería, sinó una ciencia, y cuyas declamaciones no menos que los malos antecedentes de la vida de nuestro reformador, lo desacreditaron completamente, habiéndose desplomado, para no reconstruirse jamás,

un sistema digno de tal fundador, sistema que tuvo una duracion muy efímera.

Lo siguieron Adam de Bodenstein, Miguel Toxites, y Gontier d'Andernach, y prolongaron algun tanto su dominio los afiliados á la célebre órden ó sociedad titulada: «De la Rosa-Cruz,» habiendo sufrido uno y otra tan rudos y repetidos golpes, que sucumbieron casi en el mismo siglo que los vió nacer; pues á principio del XVII se verificó una especie de conciliacion entre los principios de Galeno y los de Paracelso, despues de haber sido éstos fuertemente combatidos por Andrés Livavio y Angel Sala de Vicenza. Daniel Senerto fué el mas célebre conciliador.

Sistema de Wan-Helmont.

A mediados del referido siglo XVII fundó Wan-Helmont un sistema de medicina conocido con el nombre de *arqueismo*. Este autor, tanto por sus cualidades científicas, cómo por sus virtudes, representa un tipo completamente opuesto al de Paracelso: en efecto, basta decir por lo que toca al primer punto, que estaba profundamente empapado en los escritos de Hipócrates y de Galeno; y relativamente al segundo, que deseoso de imitar á Jesucristo, era sumamente humilde y desinteresado, hasta el punto de ceder todos sus bienes á su hermana y renunciar los privilegios de su nacimiento y rango distinguido, habiendo, finalmente, ejercido la medicina cómo un acto de caridad y de beneficencia La causa que le impulsó á combatir el humorismo y á hacer una reforma en medicina, fué haber estado enfermo, y habérsele prescrito muchos purgantes, que en lugar de aliviarlo, lo debilitaron considerablemente. Su sistema es muy parecido, segun iremos viendo, al de su predecesor, del cual heredó, digámoslo así, el punto principal de su doctrina, ó sea el *arqueo*, palabra que fué inventada, no por Paracelso, sinó por uno de sus antecesores, Basilio Valentino, y que significa á la vez *orígen*, *principio*, *mando y primacía*. Dícese ser el *arqueo* un principio espiritual ó inmaterial, distinto del alma, al cual están supeditados todos los fenómenos de la vida, ya en estado de salud, ya en el de enfermedad. No solo tiene su *arqueo* cada sér viviente, sinó tambien cada uno de los órganos en particular, siendo todos

ellos de un ó den subalterno ó inferior, hallándose sujetos al principal de que nos ocupamos, y que estando situado en el orificio cardíaco, gobierna desde allí al *pequeño mundo* ó sea el *microcosmo*, que es cómo se llama al hombre por algunos filósofos. El estómago y el bazo forman un *duumvirato* de importancia.

Este sistema, que en su fondo es espiritualista y pneumático, admitiendo tambien la alquimia de Paracelso, aunque algo modificada por lo que toca á sus principios ó elementos, explica las enfermedades por medio del fermento, figurando entre las causas de las mismas la influencia de los malos espíritus, los esfuerzos de los hechiceros, y el poder de la magia. Apenas se hace caso de la estructura del cuerpo para explicar las funciones, ni de los humores para la produccion de las enfermedades, haciendo depender éstas del terror, horror, cólera y otras afecciones del *arqueo*. Muchas de las que se fijan en una parte determinada del cuerpo resultan de un error de aquel, que desde el estómago, punto de su residencia, les envia su fermento. La hidropesía es debida, segun Wan-Helmont, á la cólera del *arqueo* que impide la secrecion urinaria; y la pulmonía es producida por el mismo *arqueo* que en un movimiento de furor, envia al pulmon ácidos acres, que determinan su flegmasia. La fiebre es entre todas las enfermedades la que prueba de una manera mas clara en este sistema, el poder ilimitado del *arqueo;* diciéndose que el frio es el estado de terror ó de estremecimiento del mismo, y el calor efecto de sus movimientos desordenados. Wan-Helmont tenia una idea bastante exacta de las flegmasias, diciendo que eran debidas á la irritacion que atrae la sangre, pero sustituia la palabra *espina* á la de irritacion; de ahí la renombrada *espina de Wan-Helmont.*

La terapéutica en el sistema que estudiamos era adecuada á sus bases fisiológicas, reduciéndose sus principales indicaciones á calmar ó estimular el *arqueo* ó á regularizar sus movimientos desordenados, supuesto que esas diversas alteraciones del mismo producian las enfermedades: sobresaliendo el misticismo en la parte fisiológica del sistema, debia necesariamente desempeñar un gran papel en la parte terapéutica, y cómo se concedian al *arqueo* las propiedades de inteligencia y voluntad, uno de los auxilios curativos de primer órden eran ciertas palabras místicas y sacramentales que obrasen sobre la imaginacion;

pues segun confesaba el mismo fundador, su sistema se apoya mas bien en los rasgos de su fantasía y en los ensueños, que en el verdadero raciocinio. Tenia, además, mucha confianza en un remedio universal á que llamó *liquor alkaest ens primum salium*. Decia que los mercuriales, antimoniales, ópio y vino eran muy agradables al *arqueo* cuando producia delirio en las calenturas, recomendándolos por esta razon. Añadia que la sangre no experimenta alteracion alguna mientras está circulando, pues los desvíos del *arqueo* se limitan á producir la plétora y las congestiones, pero sin obrar sobre las cualidades de aquella. Hizo reflexiones muy oportunas sobre el uso de las sangrías generales, reflexiones que si no hubiesen sido exageradas hasta el ridículo, hubieran podido ser de alguna utilidad en la práctica, pero son detestables en virtud de la referida exageracion: baste decir que Wan-Helmont es el *hematófobo* por excelencia que ha conocido la medicina. Creia inútiles los evacuantes, por considerar la alteracion de las secreciones efecto inmediato de los desórdenes del *arqueo*.

Los escritos de este autor no se conocieron hasta despues de su muerte, ocurrida en 1644, habiéndolos publicado su hijo Mercurius por encargo del mismo. Cómo parecia este sistema mas bien un tratado de magia que de medicina, tuvo poco séquito y duró poco tiempo, á lo que contribuyó, en gran parte, la propagacion de otra filosofía muy distinta, cual era la de Descartes, quien léjos de dar importancia á las ideas espiritualistas, las daba á la materia y al espacio que consideraba idénticos. Sin embargo, dichos escritos tenian algun mérito, por señalarse en ellos un considerable número de errores teórico-prácticos que se habian profesado hasta entonces.

Diremos, por lo tanto, que este sistema no es digno de recomendacion, ni en su parte especulativa, ni en la práctica.

Escaso fué el número de prácticos que lo abrazó tal cual salió de manos de su fundador; pues casi todos los que lo siguieron, lo modificaron mas ó menos, admitiendo, por ejemplo, unos la sangría, cómo aconseja la buena observacion, otros la influencia del *arqueo* tan solo para determinar las enfermedades, etc. Cuéntanse entre dichos autores, Francisco Oswald, Gremfs, Gauther, Carleton, y Juan Wepser.